Misantropia Y Arrepentimiento

a 00003 541689

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

~~862.8~~
~~T251~~
~~v. 18~~
~~no. 8~~

00452

MISANTROPIA

Y ARREPENTIMIENTO.

Kotzebue
(adapted by Dionisio Solís)

This book must not be taken from the Library building.

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

Núm. 120

MISANTROPIA

Y ARREPENTIMIENTO.

DRAMA EN TRES ACTOS.

¡Cuan cruel es la venganza de la ultrajada virtud!

PERSONAS.

Carlos, Baron de Menó.
El Mayor Horst.
El Conde de Walberg.
Biterman.
Tobías.
Frantz.
Peters.

La Condesa de Walberg.
Eulalia, bajo el nombre de Miler.
Eugenio, niño de cuatro á cinco años.
Una Camarera.
Dos niños, hijos del Baron.
Algunos Lacayos.
Un Postillon.

La escena se supone en el castillo del Conde de Walberg, en las cercanías de Cásel.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un bello paisage: el castillo aparece sobre una colina, y á la derecha de los actores, á lo lejos, en el fondo á su izquierda una pequeñuela cabaña entre algunos árboles que la cubren: al mismo lado y al pie de la colina empieza una arboleda, que conduce á la morada del Extrangero: á la derecha, hácia el tercero bastidor, hay un pequeño pabellon practicable, del cual se ve solamente una parte.

Peters, que viene del castillo.

Pet. Amigo Peters, Señora
Miler lo manda, y es fuerza
llevar este dinerillo
al viejo Tobías. Ella
me ha encargado que lo calle;
pero en buenas manos queda:
no, no lo sabrá ninguno.
A la verdad, que es muy bella
muger la Señora Miler!
bella muger! pero necia,
muy necia; porque vé aquí
lo que mi padre me enseña:
„el que gasta su dinero
„es un hombre sin prudencia;
„pero el que lo da, merece
„que le rompan la cabeza."

El Baron sale cruzados los brazos y la cabeza baja; ve á Peters, y le mira con desconfianza: Peters se queda por un momento mirando al Baron con la boca abierta, se quita el sombrero, y con una cortesía extravagante se dirige hácia la cabaña.

Bar. ¿Quién era, Frantz?

Fra. Es el hijo
del que administra las rentas
del castillo.
Bar. Por la noche
me hablaste ayer en la cena ...
Fra. De aquel labrador anciano.
Bar. Es verdad.
Fra. Mas sin respuesta
me quedé.
Bar. Pues vuelve ahora
á decirlo si te acuerdas.
Fra. Pues, Señor, es pobre.
Bar. ¿Y tú
de qué sabes su pobreza?
Fra. Él lo dice.
Bar. Y él lo dice!
Con amargura.
no ignora el hombre la senda
del engaño.
Fra. Es cierto, pero
este anciano no grangea
la piedad con el engaño.
Bar. ¿Y por qué no?
Fra. Si quisiera
explicarlo no podria;
pero mi alma se interesa
en su favor.
Bar. Frantz, ¡qué debil
eres!
Fra. Es verdad; mas crea
Vmd., que un necio piadoso
vale mas que la soberbia
de un sabio sin compasion.
Bar. Necio!
Fra. La beneficencia
produce la gratitud.
Bar. Ah! no es verdad. *Con dolor.*
Fra. Quien dispensa
los beneficios, yo juzgo
que es mas feliz en la tierra
que el mismo que los recibe.
Bar. Eso es verdad.
Fra. ¡Qué franqueza!
Y Vmd. es un bienhechor.
Bar. Quién, yo?
Fra. Por veces diversas
ha sido testigo Frantz.
Bar. Hombre crédulo, contempla
que hacer bien es la mayor
de las necedades nuestras.
Fra. Oh! no tanto como eso.
Bar. Y los hombres, en mi idea,
son indignos del favor.
Fra. Muchos, es verdad.
Bar. Pues piensa
que son hipócritas todos.
Fra. Mentirosos.
Bar. Aparentan
lágrimas á nuestros ojos,
y rien á espaldas nuestras.
Ve aqui el hombre.
Con amargura.
Fra. Sin embargo,
hay algunos...
Bar. Dónde?
Fra. En esa cabaña.
Bar. Quién, el anciano?
¿Y ha llorado sus miserias
delante de ti?
Fra. Mil veces.
Bar. ¿Y quieres tú que le crea?
El verdadero infelice,
amigo Frantz, no se queja.
Despues de un rato de silencio.
Pero en fin, cuéntame toda
su desgracia.
Fra. Es tan inmensa,
que ha perdido á su buen hijo.
Bar. Cómo?
Fra. Bajo las banderas
militares sentó plaza
para dar á la pobreza
de su padre algun consuelo.
El Baron le mira, y despues continúa.
Fra. El viejo tomó por fuerza,
y á pesar de su dolor,
el precio de la terneza
y la libertad de un hijo;
pero al pobre no le queda
otro recurso que el cielo:
enfermo, pobre y sin fuerzas
para ganarlo...
Bar. No puedo,
no puedo hacer aunque quiera
nada por él.
Fra. ¡Ah, Señor!
en favor de su indigencia
Vmd. puede mucho!
Bar. Y cómo?
Fra. Quizá con poco pudiera
rescatar á su buen hijo.
Bar. Será fuerza que yo vea
al anciano.

RBC/NcU

Fra. Bien, Señor.
Bar. Pero como acaso mienta...
Fra. No mienta, no.
Bar. Qué no miente!
el hombre! el hombre!... ¿es en esta
cabaña?
Fra. En esa cabaña.
El Baron entra en ella.
¡Qué alma tan noble y tan bella!
pero con él se me olvida
el modo de hablar: apenas
le conozco, y ha tres años
que le sirvo. La primera
vez que ve un hombre le habla
con seriedad y dureza;
mas sin embargo, á ninguno
ha negado en su miseria
la proteccion y consuelo.
Él es misantropo, es fuerza;
no hay remedio: sin embargo,
su misantropía empieza
en sus mismas desventuras,
porque el odio que profesa
al hombre no está en su alma,
que solo está en su cabeza.
Sale el Baron de la cabaña, y Peters detrás.
Bar. Y bien, qué me quieres?
Pet. Nada,
pero yo soy el que era...
Bar. Qué necio!
Fra. Pues cómo eso?
tan pronto, Señor, de vuelta?
Bar. ¿Y qué habia yo de hacer allí?
Fra. Pero en fin, ¿es cierta
su desgracia? lo habeis visto?
Bar. He visto a su cabecera
ese bribonzuelo.
Fra. ¿Y qué
tiene que ver (cuando sea
verdad) aqueste muchacho
con la piedad que se alberga
en Vmd.?
Bar. Tiene que ver:
que estaba de inteligencia
con el viejo... hombres perversos!
¡Cómo hubieran, cómo hubieran
hecho mofa los ingratos
de mi credulidad necia,
si me hubiesen engañado!
Fra ¿Pues Vmd. cree que fueran...
Bar. ¿Qué hacian juntos?
Fra. Bien ficil
Sonriéndose de su desconfianza.
es de saber. Hombre, llega, á Peters.
ven acá: di, ¿á qué has venido
á esta cabaña?
Pet. Cual, esta?
Fra. Sí.
Pet. Yo, á nada.
Fra. No, no, amigo,
por algo has venido á ella.
Pet. Toma! y por qué? vaya, vaya!
Mire Vmd., cuando me muestra
madama Miler la cara
risueña, por complacerla
me echaria yo en el pozo
del castillo de cabeza.
Fra. Luego ella te manda?
Pet Sí,
por mas que Vmd. lo pretenda
saber, no lo ha de saber.
Fra. Y por qué?
Pet. Por qué? porque ella
me dijo: ve, Peters mio,
Imitando la voz de Miler.
ve por Dios, y que no sepa
nada ninguno, ve presto,
Peters bonito, que es fuerza
socorrer al viejo... vamos,
estas palabras me llegan
al corazon, y no puedo
negarme por mas que quiera.
Fra. Ya, pero si ella lo manda
es fuerza tener cautela.
Pet. Sí, que no la tengo yo.
Mire Vmd., mas de quinientas
veces le dije a Tobías,
que no pensara que era
Miler la que le mandaba
el dinero; y aunque fuera
el Rey no se lo diria.
Fra. Oh! tú eres mozo de prendas.
Y era mucho?
Pet. Yo no sé;
pero habrá semana y media
que le traje otro dinero,
y despues otro... á la cuenta
de lo que se ahorraba; y juzgo,
que era en un dia de fiesta,
porque yo tenia puesto
mi vestido nuevo.
Pet. Y esa
madama Miler, ¿es quien

714646 862.8 T2551 v.18

le socorre en sus urgencias?
Pet. Toma, pues quién? no, mi padre
no es tan tonto como ella;
y dice, que es necesario
guardar siempre nuestra hacienda;
pero con mayor razon
en estío y primavera
no se debe dar limosna,
que entonces la providencia
produce plantas y frutos
para los hombres.
Fra. Muy bella
máxima! qué amable padre!
no es verdad?
Pet. Pues quién lo niega?
Pero Miler no hace caso
por mas que la reconvengan.
Y aun hace mas.
Fra. Qué mas hace?
Pet. Mire Vmd., cuando Isabela
tenia los hijos malos,
quiso enviarme á su aldea
con dinero; mas mi padre
no me dejó que yo fuera
porque llovia.
Fra. Y qué hizo?
Pet. Toma, lo llevó ella mesma,
y se me puso á curar
los niños como si fueran
suyos.
Fra. Muger singular!
Pet. A veces da grima el verla
llorar, sin saber por qué;
y si yo, Señor, pudiera
verla llorar sin llorar,
vaya muy enhorabuena:
pero el caso es, que si llora,
que quieras, ó que no quieras,
yo me quedo sin comer,
y echo á llorar.
Fra. Y bien, ¿queda *Al Baron.*
Vmd., Señor, satisfecho?
Bar. Haz que ese hablador se vuelva
al castillo.
Fra. A Dios, amigo Peters.
Pet. Con que Vmd. me deja?
Fra. No, pero madama Miler...
Pet. Ay! es verdad que me espera.
A Dios.
Saluda al Baron, que no le corresponde.
Oye Vmd., Señor,
aquel está que revienta
de rabia, porque no pudo
sacarme ni esto siquiera.
Fra. Es verdad.
Pet. Ah! no, conmigo
no hay que venirse con fiestas,
que para guardar secretos yo. *vase.*
Fra. Bien, á Dios. Qué simpleza!
vaya, Señor.
Bar. Qué?
Fra. Que ahora
la desconfianza era
injusta.
Bar. Oh!
Fra. ¿Pero qué duda
le queda á Vmd.?
Bar. Si me queda,
ó no, calla: en fin no quiero
escuchar mas.
Se levanta, y sigue hablando con acritud.
¿Quién es esta
madama Miler? ¿por qué
su nombre siempre resuena
en mi oido? y ¿por qué causa,
sin haber podido verla,
á cualquier parte que voy
ha estado primero ella?
Fra. Vmd. debia alegrarse.
Bar. Por qué?
Fra. Porque es una prueba
de que aun hay entre los hombres
algunas almas modestas
y bienhechoras.
Bar. Sí, sí.
Fra. Procure Vmd. conocerla.
Bar. Conocerla! *Con ironía.*
Fra. Yo, Señor,
la conozco, y es muy bella.
Bar. Mucho peor: la hermosura
encubre con apariencia
falaz un alma viciosa.
Fra. Pues la suya es en mi idea
el velo de la virtud:
es tal su beneficencia...
Bar. Ah! qué incauto! mira Frantz,
cualquiera muger desea
deslumbrarnos afectando
alguna virtud, y esta
será quizá mas astuta
en su ficcion.
Fra. Pero sea

como sea, poco importa,
con tal de que favorezca
al anciano, y haga bien.
Bar. Mejor, asi en su pobreza
no necesita de mí.
Bra. No obstante, Señor, en ella
la buena Miter habrá
socorrido las urgencias
limitadas y actuales;
pero, por mas que lo sienta,
no le habrá podido dar
para consolar sus penas
rescatando á su buen hijo.
Bar. Reparo que te interesas
Con una ironía amarga.
con mucho ardor por Tobías.
¿Estarás de inteligencia
tú con él para engañarme?
Fra. ¿Y es posible, que Vmd. crea...
Con lágrimas en los ojos.
ah! no ha nacido del alma
de Vmd. tan baja sospecha.
Bar. Es verdad; perdóname,
Con bondad le alarga la mano.
amigo mio.
Fra. Sí, venga
la mano, y la besaré *Lo hace.*
mil y mil veces. Es fuerza
que os hayan quizá burlado
algunas almas perversas
cruelmente, para haber
concebido contra ellas
ese odio universal,
aquesa injuriosa idea
de la virtud y justicia.
Bar. Tú lo has dicho. ¡Cuánta pena
me has dado, Franz! déjame.
Se vuelve á sentar, y lee.
Fra. Vele allí con su tristeza
sumergido en la lectura:
así pasa la carrera
de su vida; á los placeres,
muerto; á la naturaleza,
muerto tambien, y sumido
en su dolor. ¡Quién pudiera
restituirle al placer!
Hace tres años que aleja
la sonrisa de su boca,
y otros tantos que la idea
de un suicidio fatal
me hace estremecer. Si fuera
posible al menos, que amase
la sociedad... Si quisiera
cultivar algunas flores...
Pero nada, en su tristeza
sumergido, calla y lee;
ó si alguna vez despliega
sus labios es detestando
de su mísera existencia,
y maldiciendo á los hombres
artífices de su pena.
Lee el Baron.
„En la soledad adquieren mayor
„energía nuestras ideas; pero tam-
„bien se renuevan las antiguas heri-
„das, y cuanto en otro tiempo agitó
„con violencia las fibras de nuestro
„cerebro, es un fantasma que nos
„persigue y nos atormenta de conti-
„nuo."
Fra. Tiene razon ese libro;
pero tambien se me acuerda
haber oido decir,
Va saliendo Tobías.
que por lo mismo era fuerza
huir de la soledad,
y abandonarse á la inmensa
multitud de los negocios.
Tob. ¡Oh cuán grata es la influencia
del sol sobre el infelice!
Pero mi alma se enagena
de placer, y de su Dios
benéfico no se acuerda.
Se descubre, y levanta las manos al cielo.
Fra. Ve aquí un anciano, que goza
El Baron cierra el libro, y mira con atencion al viejo.
de poco bien en su extrema
necesidad, y da gracias
á la augusta Providencia
del poco bien de que goza.
Bar. Porque la esperanza llega
con los hombres al sepulcro,
y en sus límites los deja.
Fra. A Dios, buen hombre: parece
que veo mas fortaleza
en Vmd.
Tob. Dios, y el cuidado
de una muger que no niega
su misericordia al pobre,
me han conservado en la tierra
quizá por algunos años.
Fra. Sin embargo Vmd. demuestra

bastante edad.
Tob. Sí, Señor,
ya paso de los setenta,
y pocas satisfacciones
puedo ya gozar en ella.
Fra. Pues yo, amigo, me quejara
de mi suerte, si tan cerca
de la tumba me volviese
á la vida y á la pena;
que la muerte es el consuelo
del infeliz.
Tob. ¿Vmd. piensa,
que soy yo tan infeliz?
¿No gozo aun de la bella
luz del sol amaneciendo?
¿No he recobrado mis fuerzas
con la salud? Ay, amigo!
aquel que por vez primera,
despues de un penoso mal,
respira el aura serena
de una plácida mañana,
es el mas feliz que llega
á ver los rayos del sol.
Fra. Pero ese bien degenera
bien pronto con la costumbre.
Tob. No en la vejez; muchas penas
me han afligido y me afligen;
y sin embargo sintiera
la muerte. Cuando mi padre
me dejó en su pobre herencia
esa cabaña, gozaba
yo de mi salud y fuerzas.
Tomé una muger honrada,
tan amante como buena,
y Dios bendijo mi union
con tres hijos; pero esta
dicha duró pocos años.
Dos dellos vieron apenas
el sol de la juventud,
y la muerte con fiereza
los arrebató. Yo, amigo,
sufrí el golpe con paciencia,
pero mi pobre muger,
ó mas debil ó mas tierna,
murió de dolor: quizá
yo en mi soledad hubiera
seguídolos á la muerte,
si la divina clemencia
no me hubiera consolado.
En fin cuando mi flaqueza
adoraba sus decretos,
y resignado en su eterna
misericordia vivia
con un hijo, última prenda
de mi amor, algo felice;
su genero a imprudencia
le condujo á sentar plaza
por socorrer la miseria
de su anciano padre... Amigo,
este golpe me condena
á la pérdida cruel
del apoyo de mis fuerzas
inútiles; y os protesto,
que sin la beneficencia
de una muger virtuosa,
de hambre y de pesar muriera.
Fra. ¿Y sin embargo Vmd. ama
la vida? Vmd. la desea?
Tob. ¿Y por qué no, mientras haya
un objeto que interesa
mi corazon en un hijo?
Fra. Puede que Vmd. no le vuelva
á ver jamas.
Tob. Sin embargo
yo le conservo en la idea;
y aun cuando esté decretado
que mis ojos no le vean,
esperaria la muerte
sin yo desearla. Aquella
es la cabaña tranquila
en que nací; aquella vieja
encina creció conmigo,
y... (casi tengo vergüenza
de decirlo) tengo un perro,
que en mi dolor me consuela.
Fra. Un perro!
Tob. Un perro; sí, amigo,
ríase Vmd. cuanto quiera;
pero sepa Vmd. que Miler,
la generosa, la buena
Miler, vino á visitarme
un dia en mi cabañuela;
y como el perro ladraba
viéndola entrar, dijo ella:
¿por qué no da Vmd., Tobías,
este animal, pues apenas
tiene Vmd. pan que comer?
Señora, y si yo le diera,
le respondí, ¿quién me amara
en mi soledad?
Fra. No sea
Al Baron que piensa profundamente.
causa de que Vmd. se enoje
la interrupcion; mas quisiera

que Vmd. oyese.....
Bar. Sí, Frantz,
todo lo escuché: ve y lleva
ese libro á mi aposento,
y te dejarás abiertas
las ventanas hácia el rio.
Fra. Voy, Señor. *Vase.*
Bar. No te detengas. *Con prontitud.*
Dime, anciano, ¿qué te ha dado
Miler?
Tob. Aquel alma bella,
aquel alma angelical
me ha dado cuanto pudiera
desear para comer
hasta el invierno.
Bar. No mientas!
Y nada mas?
Tob. Y qué mas?
Ella, Señor, bien quisiera
librar á mi buen Ernesto;
pero por mas que lo sienta,
carece de facultades.
Bar. Salva un hijo. A Dios.
Vase con precipitacion, despues de darle una bolsa de dinero.
Tob. ¡Qué nueva
felicidad es la mia! *Abre la bolsa.*
Válgame Dios! y monedas
de oro! Amigo, miradlo:
A Frantz que sale.
la confianza en la eterna
misericordia jamás
nos engaña... oh Providencia!
Fra. ¿Y quién es el generoso?
Tob. Su amo de Vmd... ¡ah, que pueda
gozar de su buena obra,
como de la recompensa!
Fra. Hombre singular!
Tob. Ni quiso
el buen Señor que le diera
las gracias, y ya iba lejos
antes que mi torpe lengua
se moviese.
Fra. Ve ahí mi amo.
Tob. A Dios, amigo. Ello es fuerza
correr cuanto me permitan
los años á dar la nueva
de su rescate á mi hijo.
¡Cuanta será su impaciencia,
su placer, cuando se abrace
con cuanto amaba en la tierra,
con su amante y con su padre!
Oh tú, augusta Omnipotencia!
colma de favor al hombre
generoso, que tu diestra
cubra su frente de gracias!
extiéndase tu clemencia
en la felicidad suya.
¿Que quién hay que la merezca
mejor que el hombre piadoso,
que tu imagen representa?
Vase por la derecha.
Fra. Ah! ¿por qué no soy yo rico?
¿por qué yacen las riquezas
en manos de los crueles?
ay! si yo las poseyera,
socorrer al infortunio
serian mis complacencias.
Vase por la arboleda.
La escena representa un salon del castillo. Sale Eulalia con una carta abierta.
Eul. Ah! ve aqui lo que me aflige!
Yo estaba ya mas contenta
en mi retiro, á pesar
de que no siempre se alberga
el gozo en el corazon
del solitario. ¡Oh, yo necia
y desgraciada muger!
en el claustro y en las selvas
te seguirá tu dolor,
clavado como una flecha,
Eulalia, en el corazon.
Pero al fin, cuando la pena
le oprimia con su peso,
yo lloraba sin dar cuenta
á nadie del llanto mio;
y errante, triste é inquieta
por los campos del castillo,
ninguno formó la idea
de que mi alma obedecia
á la irresistible fuerza
de una conciencia culpable,
que por siempre me condena
á llorar lejos del hombre
mi criminal imprudencia.
Mísera yo! si ellos vienen,
á Dios, ó dulce y amena
soledad; á Dios lectura,
que tal vez has dado treguas
á mi dolor con tus gracias.
¿Y si acaso la Condesa,
ó el Conde traen algunos
de los sugetos que puedan

conocerme? ay! que infeliz
es aquel de quien recela
el corazon criminal
la inoportuna presencia
de uno, de un solo testigo
de su delito y su pena.
Sale Peters. Aqui estoy yo.
Eul. Muy bien, Peters;
y Tobías?
Pet. Alli queda
tan contento el pobre viejo.
Eul. ¿Le dijiste de quien era
el dinero?
Pet. Dios me libre.
Le dije que no creyera
que era usted la que le daba
aquellas cuantas monedas,
que no era usted.
Eul. Muy bien dicho. *Sonriéndose.*
Pet. Pero sin embargo piensa
en venir á dar las gracias
que quieras ó que no quieras.
Eul. Mira, Peters, no permitas,
que Tobías cuando venga
entre á verme; dile tú
que duermo, que estoy enferma,
ó que no tengo lugar.
En fin, dile cuanto quieras,
y no le dejes entrar.
Pet. Bien, y si acaso se empeña,
le agarraré por un brazo...
Eul. No, Peters, no hagas violencia
al enfermo viejecito.
Pet. Me voy, que mi padre llega. *vase.*
Sale Bit. Buenos dias, Señorita,
yo celebro verla buena
y graciosa como siempre.
Usted me llama, y quisiera
saber que novedad hay.
Eul. A Dios, Biterman. Hoy llegan
los señores del castillo.
Bit. Quién? el Conde? su Excelencia?
Eul. Sí, amigo, de aqui á dos horas
llega el Conde, la Condesa,
y su cuñado el Mayor
de Horst.
Bit. ¿Lo decís de veras?
Eul. Usted sabe, Biterman,
Con dulzura.
que Miler no se chancea
jamas.
Bit. Peters... y es posible?
Válgame Dios! cuándo vengan,
qué dirán? Peters...
Sale Peters. Señor.
Bit. Ve á buscar á toda priesa
al guarda bosques, y dile
que me mande varias piezas
de casa: que Juana limpie
los cuartos de su Excelencia,
y le quite á los espejos
el polvo para que pueda
verse en ellos la señora.
Vase Peters.
Corre, marcha. ¡Qué cabeza
me ha puesto la tal noticia!
Pero lo que me da pena
es, que la cámara verde
está toda descompuesta,
y no habrá donde poner
al Mayor.
Eul. ¿En la escalera
no hay un cuarto hácia el oriente?
Bit. Es verdad; pero esa pieza
está para el Secretario:
no obstante tengo una idea
excelente: la casilla
que alinda con nuestra huerta
se la podriamos dar.
Eul. ¿Y cómo si vive en ella
el extrangero?
Bit. No importa,
que se vaya.
Eul. Oh! bueno fuera
cometer una injusticia.
Usted sabe, que no media
el interes en su elogio,
pues ni le he visto siquiera;
pero cuantos le conocen
tienen repetidas pruebas
de su virtud; y yo creo
que la morada que arrienda
la paga liberalmente.
Bit. Cierto, yo no tengo queja
ninguna; pero...
Eul. Qué? vamos.
Bit. En fin, Miler, yo quisiera
saber quien es. Qué demonio!
Siempre va huyendo diez leguas
cuando me ve, y aunque busco
mil ocasiones diversas
para hablar con el criado,
ni tampoco me contesta.
„Hoy hace buen dia. Sí.

„Ya los árboles empiezan
„á brotar. Sí. Me parece
„que hoy el amo se pasea
„con gusto." Sí. Mil demonios
se llevan tanta reserva
y tal callar, vaya, vaya.
Eul. Bien, pero con la impaciencia
olvida usted á los Condes.
Bit. Pues si es verdad: usted vea
que motivo habrá...
Eul. Las nueve.
Yo me voy á mis haciendas:
á Dios, Biterman. *Vase.*
Bit. Sí, sí;
tambien usted es linda pesca;
ni tampoco sé quien es.
Madama Miler! qué buena
hay tanta madama Miler
en el mundo! La Condesa
la recibió hace tres años,
para darle la intendencia
del castillo, pero bien,
quién es esta aventurera?
de dónde viene, y por qué?
Ve aquí lo que me condena.
Vaya, que es fatalidad
no averiguar tan siquiera...
Sale Pet. Padre, padre, que ha llegado
un Señor, venga usted apriesa,
que es el Mayor de... de..., vamos,
que llega el Señor.
Sale el Mayor Horst. Peters imita á su padre en toda esta escena.
Bit. Merezca
Con muchas cortesías.
un mayordomo, Señor,
ofrecerse á la obediencia
de V. S., y mas cuando tiene
el honor de hablar de cerca
y rostro á rostro al ilustre
cuñado de su Excelencia,
el gran Conde de Walberg.
Pet. De Walberg.
May. Oh! vamos, deja
cumplimientos, Biterman;
ya ves que un hombre de guerra
ni los hace ni recibe.
Bit. Señor, con vuestra licencia,
aunque estamos en el campo,
veneramos la grandeza
de los cuñados de un Conde.
Pet. Conde.
May. Muy bien, como quieras.
Mi hermano y yo hemos pensado
pasar esta primavera
en el castillo.
Bit. Aunque fuese
un año; pues sin que sea
vanidad, he acumulado,
Señor, y puesto en reserva
con que admirar á los Condes.
Pet. A los Condes.
May. Bien, muy bella
precaucion. Tu economía
exige, segun mis cuentas,
un disipador, y creo
que en mi cuñado se encuentra
cuanto puedes desear.
Ha dejado la carrera
militar, y se propone
concluir lo que le queda
de vida en este castillo.
Bit. Y con eso las gacetas
vendrán todas las semanas.
Pet. Semanas.
Bit. Por la escalera
me parece... Sí, Madama
Miler... Buena muger! buena!
es el ama de gobierno.
Yo voy á hacerla que venga,
si gusta V. S.
Pet. Si V. S.
May. No te tomes ésa pena.
Bit. Oh, Señor! no puede serlo
nunca para mí dar pruebas
de mis respetos á V. S.
Pet. Tos á V. S.
Vanse Biterman y Peters.
May. ¡Qué paciencia
es necesario tener
con estas gentes! Él piensa
hacerme quizá un obsequio
en mandarme alguna vieja
importuna y habladora
que me rompa la cabeza.
Sale Eulalia, que hace una cortesía, que anuncia su buena educacion.
Hola! no es vieja.
Eul. Señor,
yo me doy la enhorabuena
de conocer un hermano
de la señora Condesa,
mi bienhechora.
May. Y yo aprecio

un bien que me lisonjea,
pues por él conozco á Vmd.
Eul. Sin duda la primavera
ha dado motivo al Conde
de venir aquí.
May. No, bella
Miler, Vmd. le conoce:
que haga sereno, que llueva,
poco le importa, con tal
de que su casa no sienta
la tristeza ni el enojo.
Amistad, amor y mesa
son los placeres de un alma
como la suya, y si llega
á reunirlos, ve aquí
su codicia satisfecha,
Eul. En verdad, que la ventura
le favorece: riquezas,
salud, todo contribuye
á su dicha; mas si hubiera
probado tal vez los males
que á la humanidad rodean,
aun al lado de su esposa,
no gozaria de entera
felicidad.
May. Es muy cierto;
pero el alma epicuréa
de mi cuñado disfruta
de un bien que jamás altera
el dolor, y por gozar
de su libertad se deja
el servicio, y por vivir
tranquilo.
Eul. Aquí?
Algo turbada.
May. Si no encuentra
estorbo en la soledad.
Eul. Señor, el hombre que alberga
un corazon libre y puro,
no puede encontrar en ella
sino la paz.
May. Yo aseguro,
que es esta la vez primera
en que una boca tan linda
hace su elogio.
Eul. No crea
V. S., señor Mayor,
que mi sexo no respeta
la soledad, ni me haga
ese cumplimiento á expensas
de las mugeres.
May. Señora,
la verdad: ni Vmd. es hecha
para vivir en el yermo,
ni yo imagino que tenga
atractivo para Vmd.
Eul. Señor Mayor, cuando reina
una constante igualdad
en nuestra vida, es inmensa
la rapidez con que pasan
nnestras horas: las ideas
de un dia retratan siempre
las del anterior; las mesmas
ocupaciones y el mismo
placer. Cuando en una bella
madrugada me levanto
por gozar de la serena
luz del sol amaneciendo,
bendigo la omnipotencia
de la mano que derrama
vida en la naturaleza.
Deja el ganado su establo,
y las tranquilas ovejas
van al prado: el labrador,
sacudiendo la pereza,
unce los amigos bueyes,
y los vientecillos suenan
con sus rústicos cantares.
Vuelvo á casa, y mis haciendas
particulares me ocupan
hasta que la tarde llega,
y voy á regar mis flores...
Mis flores, las compañeras
de mi soledad. En tanto
los mozos y las doncellas
me divierten con sus juegos
que dirige la inocencia,
hasta que el plácido sueño
y el cansancio nos dispersan.
May. Es verdad, pero el invierno...
Sale Pet. Toma, ya está en la escalera,
yo no puedo mas.
Eul. Qué es eso?
Pet. Qué ha de ser? que se me cuela
Tobías... aquí está ya.
Sale Tob. Oh mi bienhechora! es fuerza,
es fuerza que yo...
Queriendo abrazar los pies de Eulalia que lo impide.
Eul. Buen hombre...
Válgame Dios! ¿no pudiera
Vmd. venir á otra hora?
ya ve Vmd....
Tob. Muger modesta,

tanto como virtuosa,
el Señor...
May. Y bien, qué intenta
este anciano?
Tob. Demostrar
la gratitud, que me llena
todo el fondo de mi alma,
á los pies...
Eul. Mañana es buena
ocasion.
May. Déjeme Vmd. *Con viveza.*
y permita que yo sea
testigo de un accidente,
que me dice en lo que emplea
la bella Miler el tiempo.
Habla, buen viejo, y consuela
tu corazon.
Tob. Ah, Señor!
¡Si cada palabra fuera
una bendicion celeste!
Yo estaba en mi cabañuela
abandonado y enfermo,
y mi debil existencia
caminaba hácia la muerte.
La lluvia, el viento, la intensa
nieve entraban en mi choza,
y yo en una vieja estera,
desnudo, pobre y enfermo,
aun no tenia siquiera
unas migajas de pan,
que dar á mi perro en prueba
de gratitud á su amor.
En esto que Miler llega
como el angel del consuelo;
me da favor, me dispensa
remedios, y todo cuanto
necesitaba en mi extrema
situacion: pero la gracia
de su virtud, su halagüeña
oficiosidad, lograron
recuperar la flaqueza
de mi vejez... Ah! yo vivo,
yo vivo, y gozo la eterna
luz del sol por su piedad.
¿Y querrá que no agradezca
mi sensible bienhechora...?
Se arrodilla.
Eul. Por Dios, buen viejo...
Tob. Modesta
Miler, deje Vmd. que riegue
Ella lo impide.
con mis lágrimas la tierra
que pisa: deje que bese
la mano que se interesa
en mis males, y por quien
bendice la Providencia
mi vejez. El extrangero
que ha venido á nuestra aldea
me ha dado el oro que veis
para rescatar la prenda
de mi amor, al hijo mio.
De aqui voy á la bandera,
le rescato, y le desposo
con una joven honesta,
y quizá tendré el placer
de ver en la propia mesa,
de poner en mis rodillas
los frutos de su terneza.
Y si acaso pasa Vmd.
alguna vez por la puerta
de mi cabaña, ¡qué gusto
será para su alma bella
decir: „estos son felices
„por mi piedad!“
Eul. ¡Qué pena
me está Vmd. dando, Tobías!
Basta. *Como suplicando.*
Tob. Sí, basta: mi lengua
es incapaz de explicar
cuanto es el placer que prueba
mi corazon este instante.
Le besa la mano de por fuerza, y Peters se va limpiando las lágrimas.
¡Muger virtuosa y tierna,
solo Dios y tu virtud
pueden ser tu recompensa!
Vase y Peters.
Eul. Mucho tardan ya los Condes.
May. No, bella Miler, no quiera
Vmd. distraerme acaso
de la deliciosa idea
de su virtud. Ah! ¡qué poco
discurrí yo hallar en esta
soledad una muger
como Vmd.!
Eul. ¿Pues que una escena
tan simple puede causaros
admiracion?
May. Yo quisiera
saber (perdone Vmd., Miler,
una curiosidad necia)
si Vmd. ama, y si es casada.
Eul. Lo fuí.

Pasa repentinamente á la tristeza desde la alegría que aparentaba.

May. ¿Luego Vmd., en esa
suposicion, es viuda?
Eul. Ay, Señor! hay ciertas cuerdas
en el corazon humano,
que si las pulsan resuenan
con dolor. Perdone V. S.,
voy á ver si el Conde llega. *Vase.*
May. Vaya Vmd., que ya la sigo.
Válgame Dios! ¡quién creyera
hallar en la soledad
de una miserable aldea
tal muger piadosa, noble,
y como bella, modesta!
Quién será? pero ¿qué importa
que sea ilustre ó no sea
para los hombres de bien?
No es mi corazon de piedra,
ni cerrado á la virtud:
¿no es compasiva? no es bella?
no la amo? pues ve aqui
sus títulos de nobleza.

ACTO SEGUNDO.

La escena se representa en el salon antecedente. Salen el Conde, la Condesa, el Mayor, Eulalia, Biterman, Peters, un Postillon, dos Lacayos, y una Camarera de la Condesa, que trae un niño de la mano.

Cond. En fin llegamos, el cielo
bendiga nuestra jornada
como puede. Bella Miler,
cansado de mis campañas,
en las banderas de Vmd.
vengo á tomar una plaza.
Eul. Mis banderas, señor Conde,
ya solo en la retirada
se despliegan.
Conde. Sin embargo,
los amores y las gracias
vuelan en contorno suyo.
Condesa. Vaya, amado esposo, vaya,
Vmd. parece que olvida
que estoy aqui.
Conde. Pero, amada
esposa, bien puedo yo
Remedándola.
hacer tambien lo que acaba
de hacer su hermano de Vmd.
que ha reventado las jacas
de mi tiro, por llegar
con dos horas de ventaja.
May. Si hubiera sabido cuanto
tienes de amable en tu casa,
dirias bien.
Conde. Cara Miler,
voy á complacer el alma
de Vmd. como lo desea.
Este niño es de mi hermana,
de mi pobre Carolina,
que ha muerto la desgraciada,
y le deja sin amparo,
con que suplamos su falta
entre los dos.
Niño. Tia mia,
es otra mamá? qué guapa!
ay, pues yo la querré mucho!
Condesa. Bien, Eugenio.
Al oir á Eugenio se turba Eulalia, y despues profundamente pensativa se inclina hácia el Niño.
Eul. ¿Qué se llama
Eugenio? Qué bello nombre!
Niño. Yo soy Eugenio.
Eul. Qué gracia!
Cond. Y bien, Biterman, yo creo
Dando á Biterman su espada y sombrero, y se sienta.
que nos tendrás preparada
una regular comida.
Bit. Señor, no será muy mala.
May. Oye, Condesa, ¿quién es
Aparte á ella.
ese tesoro que guardas
en este campo?
Condesa. ¡Oh, señor
enamorado, y que alma
tiene tan tierna!
May. Responde.
Condesa. Y bien, qué quieres? se llama
Miler.
May. Sí, ya lo sé; pero...
Condesa. Pues yo tampoco sé nada
mas.
May. Oh! no burles.
Condesa. No burlo.
Vente conmigo á la sala
del Conde, y allí verás
que lo ignoro. Eugenio, vaya,

ven á descansar un rato.
Querida Miler, no salga
Vmd. de aquí; pronto vuelvo,
y en la compañía grata
de Vmd. espero gozar
cuantos gustos me prepara
la soledad que amo tanto.

Vanse la Condesa, el Mayor, los Criados y el Niño.

Cond. Y bien, Biterman, ¿aun gastas
aquel buen humor que siempre?

Bit. Para servir á tan alta
Excelencia.

Cond. Bien, yo espero
tener buenas temporadas
contigo.

Bit. Lo que es por mí
haré, Señor, cuanto haya
que hacer.

Por Peters, que le está haciendo cortesías cuando le mira.

Cond. Quién es ese tonto?
y qué significan tantas
cortesías?

Bit. Con perdon
de su Excelencia se llama
Peters, y es mi hijo.

Cond. Ah! sí.
Y cómo estamos de caza?

Bit Oh! de caza grandemente.
Mas yo he preparado varias
diversiones á mis amos.
Excelencia, es una octava
maravilla ver el parque:
obeliscos, lontananza,
ruinas y... qué sé yo!
Por egemplo, allí á la entrada
del bosque, sobre el arroyo,
hay una puente labrada
á la chinesca... mas cómo!
con qué solidez!

Cond. Pues vaya,

Se levanta.

hombre, mientras que comemos
llévame á ver esas raras
invenciones.

Bit. Sí, Señor,

Biterman le dá el sombrero.

pues V. recelen i. lo manda,
tendré el honor de servirle.

Peters. Yo tambien.

Cond. Pero, Madama
Miler, ¡Vmd. trabajando,
sin hablar una palabra!
qué es esto? yo vuelvo pronto,
y quiero verla ocupada
seriamente en discurrir
como variar las gracias
y los placeres del campo.
Vamos, que ya tengo gana

A Biterman.

de ver la puente chinesca.

Bit. Es magnífica.

El Conde, Biterman y Peters parten por la derecha de los actores. Eulalia, que desde que se fue la Condesa se puso á bordar, derramando lágrimas sobre el bastidor, y sumergida en una profunda meditacion, que solo interrumpe su llanto despues de haberse ido los de la escena anterior, dice, ya puesta en pie.

Eul. ¿Qué pasa
en mi corazon? Dios mio,
¡qué mocion inesperada
ha sentido, que mi llanto
jamás con tanta abundancia
se vertió! cuando el dolor
me obedecia, las gracias,
la presencia de aquel niño
han aniquilado el alma
de una infeliz. Ay! ¡su nombre
me recuerda cuanto amaba
mi corazon en la tierra!
¡Tambien esta madre ingrata
tiene un Eugenio! un Eugenio!
cuya maternal crianza
no es obra mia. ¡Si ha muerto!
¿quién sabe si ante las plantas
del Dios de los inocentes,
él y mi pequeña Amalia
piden contra mí? ¡oh idea
cruel! ¿por qué despedazas
mi corazon, y su llanto
moribundo me retratas,
si no hay remedio? ¿por qué
me pintas su amable infancia
luchando contra el dolor,
é implorando en su desgracia
la compasion que les niega
una mano mercenaria?
¡Y cruel lós abandona
su madre desventurada

é insensible! ¡ay, cuán culpable
criatura soy! se me arranca
el corazon al pensarlo.
¡Y cuando, cuando mi amarga
pena me devora el pecho!
cuando debo en mis palabras
aparentar un placer
de que no goza mi alma.

Sale Peters apresurado, y gritando.

Pet. Ay, Dios mio! ay!
Eul. Qué es eso?
Pet. Que el Conde ha caido al agua,
y su Excelencia se ahoga.
Eul. Pero ha muerto?
Pet. No le falta
mucho; pero no se ha muerto.
Eul. Pues no grites, vamos, calla,
que su esposa...
Pet. Que no grite?
ay, Dios de mi alma!
Gritando mas.
que se ha mojado el Señor.

Salen la Condesa y el Mayor.

Condesa. Por qué das voces?
May. ¿Quién causa
este ruido?
Enl. Señora,
un ligero acaso, nada;
ya está fuera de peligro
el Conde; es verdad? *A Peters.*
Condesa. Madama,
pues qué ha sido?
Pet. La maldita
puente chinesca... y estaba
fuerte; pero, ya se ve...
¡tambien el Señor se agarra
de los maderos! si aquello
no está para sufrir chanzas.
Toma, asi que los tocó,
puf, se cayeron al agua,
y el Señor se fue detrás.
Condesa. Ay, mi esposo!
Eul. Pero, vaya, *A Peters.*
no le sacasteis al punto?
Pet. Quién? yo y mi padre? ya baja!
lo que hicimos fue gritar,
y gritar por las cabañas.
A nuestros gritos llegó
aquel hombre que no habla
nunca, y soltando la ropa
se tiró de un salto al agua,
agarró al señor de un brazo,
en la orilla me le planta
bueno y sano, y se marchó
sin decir una palabra.
Condesa. Ay, hermano! ay, Miler mia
venid, corramos en alas
del deseo á dar al Conde
nuestro favor, y las gracias
al generoso extrangero,
que le sacó de las aguas.

Vanse precipitados.

El teatro representa la escena primera del primer acto. El Baron aparece sobre un asiento rústico, y de allí á un momento sale Frantz.

Frantz. Quiere Vmd. comer?
Bar. No.
Frantz. Vamos,
un pichon.
Bar. No tengo gana: come tú.
Frantz. Quizá el calor...
Bar. Puede ser.
Frantz. Pues bien, ¿se guarda
para la noche?
Bar. No, come.
Frantz. ¿Me da Vmd. licencia para
Despues de algun silencio.
hablarle un poco?
Bar. Sí, Frantz.
Frantz. Pues, Señor, Vmd. acaba
de hacer una buena accion.
Bar. Cuál?
Frantz. La de salvar...
Bar. Oh! calla.
Frantz. Sabe Vmd. á quien?
Bar. A un hombre.
Frantz. Pero un hombre que se llama
el Conde de Walberg.
Bar. Bien.
Frantz. Ese proceder me arranca
Otro silencio.
mil lágrimas de ternura.
Bar. Qué debilidad!
Frantz. ¡Una alma
tan noble! tan generosa!
Bar. Tú me adulas? vamos, basta,
Se levanta.
vete.
Frantz. Cuando yo en silencio
pienso en la jamás exhausta
piedad de Vmd.; en el gozo

con que alivia las amargas
penas de cualquier hombre,
y que á pesar de tan grata
virtud no es Vmd. felice,
se me parten las entrañas
de dolor.

Bar. Ay, buen amigo!
Alargando la mano.

Frantz. Amado Señor, si tanta....
La coge, y habla.
melancolía procede
de alguna enfermedad rara,
yo sé de un médico docto,
que quizá podrá curarla.

Bar. Ay, Frantz! mi mal es aquí,
I one la mano sobre el corazon.
y á esta enfermedad no alcanzan
los remedios.

Frantz. ¿Con que luego
es Vmd. por otra causa
realmente desdichado,
siendo tan bueno? ¡Qué amarga
situacion es la de Vmd.!

Bar. Yo sufro, sin que lo haya
merecido.

Frantz. Pobre amo!

Bar. ¿Olvidas que esta mañana
dijo el anciano: aun hay otra
vida mas feliz? pues calla,
esperemos y suframos.

Frantz. Esperemos.

Bar. Frantz.
Despues de algun silencio.

Frantz. ¿Qué manda
Vmd.?

Bar. Es fuerza partir.

Frantz. Y adónde será la marcha?

Bar. Dios lo sabe.

Fra. Yo estoy pronto á seguir á Vmd.

Bar. ¿Me engañas,
Frantz?

Frantz. Señor, hasta la muerte.

Bar. Ay! ojalá! allí descansa
Con vehemencia.
para siempre el infelice.

Frantz. El justo goza de calma
en todas partes. ¿Qué importa
la tempestad que amenaza
en derredor de nosotros,
si vive tranquila el alma?
fuera de que, ¿no está Vmd.
contento en su solitaria
habitacion?

Bar. No: mil gentes
desconocidas acaban
de llegar á ese castillo;
y los que ignoran las gracias
de la soledad acaso
llamarán extravagancia
y ridiculez mi humor.

Frantz. No, Señor, la temporada
que le habiten será corta;
es un enjambre que vaga
aquí y allí, sin deseo
de posar sobre las ramas
de la soledad; la moda
le trae aquí, y mañana
el frio y la moda misma
le llevarán de reata
á su primera colmena.

Bar. Me parece, que acibaras
Con desconfianza.
tu reflexion.

Frantz. Ello es fuerza
mezclar tal vez con las gracias
la seriedad.

Bar. Y presumo,
que acaso cuando le falta
objeto á la burla tuya,
lo soy yo.

Frantz. Quién, Vmd.? vaya,
volved á caer de nuevo
en esa desconfianza
universal. Es posible...

Bar. Pero aguarda, Frantz, aguarda:
Mirando adentro.
¿qué uniformes, qué plumages
son aquellos que se alcanzan
á ver? huyamos.

Frantz. Huyamos.

Bar. Y presto; si yo tardara
en hacerlo, era preciso
cerrar para siempre mi estancia
á su importuna visita,
y yo en ellos no extrañara
que á mi pesar penetrasen
hasta mi retiro: basta,
que llegan, voy á cerrar
mis puertas y mis ventanas. *vase.*

Frantz. Y yo aquí de centinela.
Paseando.
Con efecto no se engañan
en que á nosotros nos buscan;
pero al cabo, si ellos tratan

de saber quien es mi amo,
será en balde : no sé nada,
y nada sabrán.
Salen al bastidor la Condesa y su hermano.
Cond. Hermano,
aquel que por allí anda
será su criado.
May. Amigo, *Se acercan.*
¿ podriamos ver mi hermana
y yo al extrangero ?
Frantz. No.
May. Con pocos minutos bastan
para verle.
Frantz. Se ha encerrado.
Cond. Dígale Vmd., que una Dama
se lo suplica.
Frantz. Ay, Señora !
es en vano.
Cond. Cosa rara !
aborrece á las mugeres ?
Frantz. A toda la especie humana.
Cond. Y por qué ?
Frantz. Acaso le habrán
engañado.
Cond. ¡ Extravagancia
poco galante !
Frantz. Es verdad;
pero tambien cuando halla
ocasion de dar la vida
á un hombre, corre y le salva,
exponiéndose á la muerte.
May. Mas vale, que no la falsa
y necia galantería:
pero tampoco una vana
ceremonia nos conduce
aqui para darle gracias.
La esposa, pues, y el cuñado
de aquel á quien de las aguas
ha libertado, desean
hacerle ver la eficacia
de su gratitud.
Frantz. Tampoco
gusta mucho de eso.
Cond. Vaya,
que es un hombre singular.
Frantz. Que solo vive en la calma
de la soledad.
Cond. No obstante,
yo quisiera verle para
saber quien es.
Frantz. Yo tambien.
Cond. Pues Vmd. que le acompaña,
no le conoce ?
Frantz. Y muy bien:
esto es, conozco el alma
virtuosa que le anima;
porque á la verdad, Madama,
¿ juzga Vuecencia que solo
con saber el nombre basta
para conocer al hombre ?
Cond. Tiene Vmd. razon, me agrada
ese modo de pensar.
Y Vmd. quién es ?
Frantz. Yo, Madama...
un criado de Vuecencia. *vase.*
Cond. Sin duda la extravagancia
de parecer singular
encierra en esa cabaña
á este hombre.
May. Y el criado
le imita bien.
Cond. Pues ya basta
de importunidad. Ahora
volvamos atrás, que tardan
mi marido y nuestra Miler.
May. Escúchame antes, hermana.
El accidente del Conde
nos interrumpió en la sala
del castillo, y aun ignoro
lo que le importa con tanta
verdad á mi corazon.
¿ Quién es esta muger sabia,
esta muger singular,
cuyas virtudes y gracias
me han enamorado tanto ?
y te lo suplico, habla.
Cond. ¿ No sabes ya que lo ignoro?
qué te admira ? es una exacta
verdad. Cuando yo la ví
por primera vez en casa,
me pareció sumergida
en su dolor, y entregada
á la tristeza. Con todo
no le pregunté la causa
de su pesar, porque juzgo
que los secretos que guarda
el desventurado, son
su desventura, y un alma
sensible ha de distraer
al infelice que calla
del objeto de su llanto.
May. ¿ Pero cómo tuvo entrada
en tu casa ?

nd. Veslo aquí.
Tres años habrá que estaba
yo en el castillo, y un dia
por la tarde mis criadas
me dijeron que una joven
solicitaba la gracia
de hablarme. Dije que bien;
cuando pareció Madama
Miler con esta modestia,
esta sencillez que arrastra
el amor; pero sus ojos
con mil signos demostraban
el tormento roedor,
que se ha convertido en grata
y dulce melancolía.
Ella se arrojó á mis plantas,
pidiéndome que salvase
á la mas desventurada
de la tierra. Yo sensible
á su llanto y á las gracias
de su juventud, la alcé,
prometiéndola mi casa,
mi proteccion y amparo,
sin afligir mas su alma
con preguntas dolorosas;
pero procuré con ansia
conocerla: y advirtiendo
la virtud que se hospedaba
en ella, muy desde luego
no la admití por criada
como pidió, sino amiga.
Un dia, pues, que pasaba
con ella por estos campos,
la ví absorta, enagenada,
y con el alma en los ojos,
contemplando la inexhausta
é imponderable belleza
de estas plácidas campañas.
Por lo mismo la propuse
mi castillo por morada
constante de su infortunio.
Ella, sin que otra palabra
pudiese articular, coge
mi mano, la besa y baña
con llanto: su corazon
agradecido brillaba
en su llorar silencioso.
Desde entonces, retirada
en mi castillo, pródiga
su piedad en las cabañas
del contorno con secreto;
y en fin, Mayor, adorada
de cuantos la ven, habita
en mis campos solitaria.
Ve aquí, amigo, lo que sé.
May. Poco á la verdad, ó nada
para dejar satisfecho
mi deseo; pero basta
para mi resolucion.
Ayúdame; tu eficacia
puede hacer que se declare;
y con tal que sea honrada
su familia, es mi muger.
Cond. Quién?
May. Miler.
Cond. Hermano...
May. Hermana...
querrás decir...
Cond. Poco á poco.
Las máximas que reclaman
la igualdad de los estados
no juzgues que son extrañas
para mí; pero vivimos
en sociedad, y la vara
de la opinion...
May. Enriqueta,
en vano, en vano te cansas:
la virtud es siempre noble.
Una pasion no esperada,
tan rápida como activa,
me subyuga y me arrebata.
Yo no repugno á esconderme
en la tranquila morada
de la obscuridad, si en ella
puede reposar el alma
en paz y dichosa.
Cond. Pero
ya ves tú, que no me falta
que responder: tú, Mayor,
debes respetar tu casa
y á tus amigos.
May. Yo debo
(concluyamos, pues, hermana)
ser feliz y hacer felices,
á mis hijos, y me basta
mi corazon para guia.
Cond. Ahora el amor apaga
las luces de tu razon,
y no adviertes en las causas
que pudieran destruir
tu intencion. ¿Quizá, Madama
Miler, podrá recibir
tu oferta sin repugnancia?
May. Ve ahí para lo que imploro

tu persuasion y tu gracia.
Bella Enriqueta, conoce
mi corazon á quien cansa
y siempre cansó la necia
galantería. La llama
del amor, ó lo que usurpa
su nombre no tuvo entrada
jamás en él, y un amigo
en otro tiempo llenaba
toda su capacidad:
hoy amo en fin, y me arrancas
la felicidad, si estorbas
una union tan deseada.
Pero compadéceme,
habla por mí.

Cond. La palabra
te doy de hacerlo, aunque veo
tu error. No te persuadas,
sin embargo, que confio
convencerla... pero calla,
que llegan aqui...

Salen Eulalia, y el Conde por la derecha.

Cond. Por Dios,
señora Miler, que anda
Vmd. por doce: no, amiga,
para el necio que apostara
con Vmd.

Eul. Eso es costumbre,
y á las dos ó tres semanas
que V. E. lo egerciera
no le costaria nada
el andar.

Cond. ¿Y dónde está
Biterman? le daré gracias
por su puente á la chinesca,
que á fe mia, es una alhaja
digna de un Príncipe.

Condesa. Y bien,
dime, ¿ahora dónde estabas,
que te íbamos á buscar?

Conde. Dónde estaba? con Madama
venia; yo no sé mas,
porque, amiga, mientras habla
Miler no sé donde estoy.

Eul. En la colina cercana,
hemos estado á la orilla
del rio que su pie baña,
y fertiliza el contorno.

Conde. A la verdad, que es muy grata
y amena la perspectiva
que ofrece nuestra comarca,
mas oir la descripcion
poética y entusiasta
de las bellezas del campo
en la boca de la sabia
Miler, es mas agradable.
Con todo sino se enfada
A Miler.
Vmd., basta de paseo:
me ha cansado la mañana,
y luego el salto que he dado
por Biterman.

Condesa. Si te cansas,
vamos al castillo.

Conde. No;
yo estoy fatigado para
andar de nuevo, y la sed
me molesta: que nos traigan
cerveza inglesa. Mayor,
qué tal? bajo la enramada
la beberemos.

Condesa. Muy bien;
y en tanto que tú descansas,
la bella Miler, si gusta,
me acompañará.

Conde. Pues vaya,
no os alejeis. Voto vá!
que no hay ninguno de casa
que vaya por la cerveza.
Ello es cierto que me enfada
un holgazan de lacayo,
que me cuente las pisadas;
mas ahora... allí está Peters...
Mirando adentro.
que anda á vueltas con las ramas
de un peral. Peters, muchacho,
eres sordo?
Dentro Peters.
¿Quien me llama?

Conde. Yo; ven acá, que otro dia
te comerás las que faltan.
Dentro Peters.
Voy allá.

Condesa. Pronto.

Sale Peters con muchas peras en el seno.
Aqui estoy.

Conde. Mira, vete sin tardanza
al castillo por un frasco
de cerveza (y no te caigas
con él) que lo llevarás
allí debajo: despacha.

Peters. Voy corriendo. *Vase.*

Conde. Señoritas,
hasta luego.
Se van por el fondo de la derecha.
Condesa. A Dios, Madama
Miler, y bien, que os parece
mi hermano?
Eul. Que en él se hallan
mil prendas que le hacen digno
de serlo.
Condesa. Ya yo esperaba
una lisonja de Vmd.
Eul. Muy lejos de cualquier vana
consideracion, le miro
como un hombre á quien no falta
ni el valor, ni la virtud.
Condesa. Bella Miler, ni gallarda
persona: ¿no es verdad?
Eul. Sí.
Condesa. Pero un sí, dicho con tanta
Remedándola con amistad.
indiferencia es un no:
y sin embargo idolatra
en Miler. ¿Qué dice Vmd.?
Eul. Que una burla poco urbana
es indigna de V. E.;
pero esta será una chanza
inocente, y sin embargo
está mi alma tan lejana
de admitirla...
Condesa. Como Vmd.
de ser el objeto: hasta,
que os hablo con seriedad.
Eul. Yo no afectaré una falsa
Llena de embarazo.
modestia; pero V. E.
me confunde y embaraza.
Fue un dia es verdad, Señora,
en que brilló alguna gracia
en mí; pero el infortunio
ha borrado en su venganza
las facciones de mi rostro...
Ay! Solo la paz, la calma
del corazon embellecen
á la muger y las gracias
de que se enamora el justo
deben anunciar un alma
tan pura como tranquila.
Condesa. ¡Ojalá que yo probara
la satisfaccion de ser
tan virtuosa!
Eul. Madama,
Con vehemencia.
¡oh, no lo permita el cielo!
Condesa. Cómo? *Admirada.*
Eul. Perdonad la causa
de mi agitacion. Señora,
soy una desventurada.
Tres años de pena y llanto
no hacen digna mi desgracia
de la amistad de V. E.;
pero sí de su inexhausta
misericordia. *Quiere irse.*
Condesa, No, Miler,
venga Vmd. acá; se trata
de un asunto, que merece
atencion. La inesperada
sentencia que Vmd. se impone
á la verdad no me causa
extrañeza. Vmd. parece
á un enfermo que juzgaba
ver el infierno á su lado,
y este infierno solo estaba
en su cabeza.
Eul. Ah, Señora!
que el infierno me acompaña
en el corazon por siempre.
Condesa Miler, la amistad es grata
Tomándola las manos.
y consoladora. Nunca
exigí la confianza
de Vmd. sobre su infortunio;
y ha tres años que mi casa
oculta su desventura;
mas hoy otra nueva causa
me anima para saberla.
Vmd. habla con su hermana,
con su amiga, y para prueba,
un hombre de bien os ama.
Vmd. quizá llamará
ligereza lo que acaba
de oir; pero, amiga mia,
mi hermano posee un alma
sensible, un corazon noble,
y una virtud no violada.
Él buscaba una muger,
que reuniese la sabia
educacion y belleza;
y la virtud y las gracias
le han enamorado en Miler.
La primera vez que hablaba
con Vmd., su compasion,
su beneficencia... vaya,
Miler demuestra vergüenza.
cara Miler, no prosiga,

porque juzgo que se agravia
la modestia generosa
de Vmd. En una palabra,
él aspira á ser su esposo:
su felicidad descansa
en Vmd. sola; y supuesto
que Vmd. me ve interesada
en saber su desventura,
haga Vmd. mas confianza
de su amiga. Bella Miler,

Con la ternura de amistad.

mi corazon se dilata
para recibir sus penas;
haga Vmd. por derramarlas
en él, y lloremos juntas,
si yo no puedo aliviarlas.

Eul. No hay remedio, el sacrificio
mas doloroso que el alma
me sugiere arrepentida,
es renunciar voluntaria
á la estima de los buenos.
Es preciso (Triste Eulalia, *Apart.*
empieza á pagar tu culpa.)
¿Nunca oyó V. E.? Ay! basta,

Apartándose con miedo.

perdon... ¿Nunca oyó V. E.
el nombre?... ¡Desventurada!
¡Cuanto es cruel disipar
la ilusion en que apoyaba
V. E. su compasion! *Apart.*
(¡Pero una muger culpada
podrá ser tan orgullosa!
No hay remedio.) En fin, Madama,
¿Nunca oyó V. E. el nombre
de la criminal Eulalia,
Baronesa de Menó?

Condesa. ¿Que vivia en la cercana
Corte? Sí, Miler, y juzgo
que ha causado la desgracia
de un hombre de bien.

Eul. Dios mio!
de un hombre de bien!

Condesa. Ingrata!
y dicen que con un joven
huyó la infiel de su casa.

Eul. Verdad, verdad... ¡ah, Señora!

Se arrodilla.

deja que inunde tus plantas
con mi llanto; no me niegues
una infelice morada
donde pueda yo morir.

Con. ¡Gran Dios! ¿y qué es lo que habla
Apartándose de ella.
esta muger? Vmd. es...?

Eul. Yo, la mas desventurada
y abominable criatura.

Condesa. Vmd. será...? ¡Desgraciada!
El corazon se le rompe
de dolor, y mis entrañas
se conmueven con su llanto.
Vamos, alce Vmd.: su amarga
situacion me compadece;
pero evitemos que salga
de nosotras un secreto,
que Vmd. con razon callaba.

Eul. Ah! mi conciencia, Señora,
mi conciencia me amenaza
con su grito vengador.
No me aborrezcais.

Condesa. Eulalia,
no, yo no aborrezco á Vmd.
Sus virtudes, sus desgracias,
su mismo remordimiento
no borrarán una falta
tan odiosa; pero nunca
negaré á Vmd. en mi casa
un aposento en que llore
de un esposo que la amaba
la pérdida irreparable.

Empieza á vagar furiosa por el teatro.

Eul. ¡Irreparable!

Condesa. ¡Oh incauta!
¡oh desgraciada muger!

Eul. ¡Y mis hijos!

Condesa. Basta, basta,
por Dios.

Eul. ¡Él sabe si viven!

Condesa. ¡Pobre madre!

Eul. Me arrebatan
al hombre mas virtuoso.

Condesa. ¡Infeliz!

Eul. Que idolatraba
en esta muger indigna. *Con terror.*
¡Mísera yo! ¡Si su alma
inocente me acrimina
ante Dios!

Condesa. Ah! ¡cómo vagan
sus ojos con el furor!

Eul. ¡Murió para mí!

Condesa. La espada
del dolor hiere su pecho.

Eul. ¡Padre mio! tu malvada

hija te cuesta la vida.
Condesa. ¡Cuan cruel es la venganza
de la ultrajada virtud!
Eul. ¡Y yo vivo!
En todo el incremento de la pasion.
Condesa. Desdichada,
¿quién habrá que te aborrezca,
viéndote llorar? La falta
A ella, con amor.
de Vmd., infelice amiga,
quizá no habrá sido tanta:
la debilidad de Vmd.
ha sido un sueño, una vana
y pasagera ilusion.
Eul. Con viveza. No, no,
mi culpa es bien clara,
bien horrorosa, y querer
hacerla menor agrava
mi tormento... Ah! nunca, nunca
es mayor, que cuando trata
mi razon de disculparme:
no hay disculpa, ni se halla
para mi crimen. El triste
consuelo mio dimana
de saber que he merecido
la execracion de las almas
justas.
Condesa. Pero tambien ellas
no le negarán su gracia
á las lágrimas de Vmd.
Eul. Ah! si V. E. lograra
Mas tranquila.
conocer á mi buen Carlos!
cuando esta muger ingrata
le vió... ay! él reunia
las virtudes y las gracias:
apenas tenia yo
quince años.
Condesa. ¿Y casada
cuanto estuvo Vmd. primero
que abandonase la casa
de su marido?
Eul. Dos años.
Condesa. Pues luego ve aquí la causa
de un yerro á que no asentía
el corazon: su temprana
juventud.
Eul. La juventud
no me disculpa, Madama.
¡Oh inocente padre mio!
tú grabastes en mi infancia
los principios del honor.
Condesa. Lo creo; ¿pero la incauta
inexperiencia resiste
á la seduccion? y ¡cuantas,
cuantas veces ha caido
la virtud en las lazadas
de un corruptor cauteloso!
Eul. Pues ve aquí lo que se llama
incomprehensible en mi yerro.
El autor de mi desgracia
y cómplice del delito
se confundia en su nada
comparado con mi esposo.
Mas su lengua inveterada
en la seduccion, sabia
pintar cruel y tirana
la virtud de Cárlos: este
tampoco lisonjeaba
los caprichos de mi lujo,
que tanto aprecian las almas
nuevas como yo imprudentes,
y la elocuencia malvada
de mi corruptor indigno
seducia é inflamaba
mi vanidad. En fin... ay!
padre, esposo... hijos... (¡oh caras
prendas!) todo lo dejé
por seguir... á quién? La innata
Providencia se ha vengado,
permitiéndome que abra
los ojos sobre mi culpa.
Mil tormentos despedazan
mi corazon. Ah! yo siento
Se señala al corazon.
aquí, aquí... ¡Justicia santa
de mi Dios! yo lo merezco,
y te adoro en tu venganza.
Condesa. Pero un alma virtuosa
no pudo hacer dilatada
su ignominia.
Eul. Lo bastante
para jamas expiarla.
Ah! sin duda mi embriaguez
pasó presto, y en la amarga
pena que me circuía,
invoqué desconsolada
el hombre á quien ofendí;
pero en vano: procuraba
tal vez escuchar el llanto
de mis hijos, que llamaban
á su madre, pero en vano.
Condesa. Dejemos ya tan ingratas
memorias. Vmd., en fin,

huyó de aquella tirana
cautividad?
Eul. No pudiendo
soportar la odiosa carga
de mi error, vine á buscar
un asilo en la morada
de la virtud generosa,
donde pueda mi desgracia
llorar y morir.
Candesa. Amiga,
desde ahora se derrama
en mi corazon su llanto:
¡ojalá hiciera mas grata
la suerte de Vmd. mi amor,
animando su esperanza!
Eul. Ah! nunca, nunca.
Condesa. Y Vmd.
¿qué sabe del Baron?
Eul. Nada.
Solo sé que abandonó
su mansion amancillada
con mi desdoro.
Condesa. ¿Y los hijos?
Eul. Los llevó consigo.
Condesa. Basta
por ahora, que mi hermana
y el Conde vuelven. Eulalia,
Vmd. componga su rostro,
y oculte su desgraciada
situacion, que yo prometo
informarme donde para
Salen el Conde y el Mayor.
el Baron.
Conde. Y bien, Señoras,
¿no hacemos la retirada?
Condesa. Cuando quieras.
Conde. Di, Condesa,
¿es cosa de que haga falta
el extrangero á la cena?
Condesa. Ni siquiera una palabra
nos ha querido escuchar.
Conde. A la verdad, que es bien rara
criatura, pero no importa,
es fuerza que yo le haga
conocer mi gratitud.
Conduzcamos estas damas
al castillo, y tú, Mayor,
si quieres, me harás la gracia
de suplicarle que venga.
Dile, que le hago la instancia
por ti, por no sonrojar
su modestia; que le aguarda
el objeto de su zelo
generoso, y que si tarda
en venir, iré yo mismo
á sacarle de su estancia.
May. Yo admiro la comision,
y la haré con eficacia
y placer. Su beneficio
es de aquellos que se graban
en un corazon sensible
y que la amistad consagra.
El Conde da la mano á Eulalia, que aparenta serenidad: el Mayor da el brazo á su hermana, que no se atreve á mirarle. Por la posicion, la Condesa está cerca de Eulalia, y le pasa el brazo por el cuerpo con amistad.

ACTO TERCERO.

Sale Frantz con un cestillo en la mano, en el cual se supone que trae la comida, que quiere hacer en aquel campo.

Frantz. A la verdad esta vida
pacífica es de mi genio,
y no las agitaciones
anteriores. El sosiego
del corazon hace grato
cualquier frugal alimento,
que como tranquilo siempre
bajo este sereno cielo.
Pero quién viene?
Sale el Mayor.
May. Querido,
llame Vmd. al extrangero,
que quiero hablarle.
Frantz. Señor,
es imposible; mi dueño
huye de hablar con los hombres.
May. Vaya Vmd., en el supuesto
de que no soy un ingrato.
Le ofrece un bolsillo.
Frantz. No necesito dinero.
May. Pues bien, amigo, siquiera
satisfaga Vmd. mis ruegos.
Dígale Vmd. á su amo,
que el sacrificio ligero
de tres ó cuatro minutos
no le podrá ser molesto

é importuno: que yo soy
un militar tan sincero
como él generoso, en fin,
cuanto pueda darle peso
á mi súplica: sí, amigo.
Frantz. Voy, Señor, á ver si puedo
Despues de algun silencio.
hacerle venir. *Vase.*
May. Muy bien.
Pero si viene, ¿qué medio
tomaré para introducir
mi súplica? no me acuerdo
de haber tratado en mi vida
misantropo mas austéro
ni decidido: yo ignoro
como hablar con un sugeto
á quien su misma existencia,
y á quien todo el universo
se le han hecho soportables.
Frantz. Aquel es.
El Baron y Frantz por la izquierda.
Baron. Vuélvete adentro.
¿Quién me busca?
May. Vmd. perdone,
caballero, sí... qué veo!
¿eres tú Menó?
Bar. Horst mio!
Se abrazan.
May. ¡Mi buen amigo! ¿es un sueño?
Bar. No: yo soy.
May. ¡Válgame Dios!
Mirándole con dolor.
¿qué pesares han deshecho
tu noble fisonomía?
Bar. La mano del vituperio
y la desventura... (Cárlos! *Apart.*
calla, calla,) y di, ¿qué objeto
te conduce á mi cabaña?
May. El de hablar á un estrangero
insocial, y vesme aqui
llorando en el dulce pecho
de mi Cárlos.
Bar. ¿Luego tú
no sabias que en el centro
de esta soledad vivia Menó?
May. No, amigo; el suceso
de haber salvado la vida
de mi cuñado me ha hecho
venirte á buscar en nombre
de su gratitud: primero
te vino á llevar mi hermana
consigo al castillo, á efecto
de hacerse gozar el fruto
de tu beneficio en medio
de su inocente familia:
yo en fin venia de nuevo
á suplicarte lo mismo,
y este acaso me ha devuelto
un amigo á quien lloraba
perdido por largo tiempo,
y de quien mi corazon
necesitaba el consuelo.
Le abraza.
Bar. Soy tu amigo, sí, tu amigo;
tu corazon es sincero
y virtuoso, y el mio
te ama como en un tiempo
te amó. Horst, ¿te lisonjea
una verdad que confieso
en la efusion de mi alma?
pues dame una prueba de ello,
dejándome para siempre.
May. Cuanto escucho y cuanto veo
es incomprehensible, Cárlos.
Tú eres; pero echo menos
aquel rostro, que anunciaba
tus virtudes, tu talento,
tu afabilidad y gracias,
que un dia constituyeron
tu caracter.
Bar. Tú te olvidas
que estás hablando de tiempos
muy lejanos á nosotros.
May. ¿Muy lejanos? yo comprendo
que tu edad, que apenas llega
á treinta y seis años... pero
¿por qué evitas las miradas
de un amigo? ¿tienes miedo
de que conozca en tus ojos
tu dolor? ah! ¿qué se ha hecho
aquella penetracion
con que leias lo interno
del corazon?
Bar. Sí, Mayor,
Con una sonrisa dolorosa.
fui muy habil, lo confieso,
en leer los corazones.
May. Ah! ¡cómo agita tu aspecto
esta funesta sonrisa!
¿qué te sucede, qué es esto,
amigo?
Bar. Lances comunes;
Afectando ligereza.
el mundo... nada... sucesos

ordinarios... sino quieres
Volviendo á su primera seriedad.
que te maldiga, te ruego
que no me preguntes nada;
y si tienes en aprecio
mi amor, déjame por siempre.
May. ¡Qué espectáculo tan nuevo
para mí! Caro Menó,
que despierten en tu pecho
las ideas del placer
anterior, y que tu muerto
corazon se reanime
á los ojos del primero,
del mejor de tus amigos.
¿Olvidas quizá los bellos
dias de nuestra amistad?
¿aquellos dias serenos
y las pacíficas horas
en que el Dios del universo
apareciendo en sus obras,
penetraba hasta los senos
del alma, y la disponia
á los plácidos afectos
de confianza y de amor?
Ay! en aquellos momentos
nos unimos para siempre!
te acuerdas, Cárlos?
Bar. Me acuerdo.
Procurando ocultar su turbacion.
May. ¿Y no merezco yo ahora
tu confianza? ah! no es cierto,
que tú y yo fuimos amigos
no de los que reune un necio
capricho por un instante,
y el instante venidero
los desune, siempre juntos
hemos volado al encuentro
de la muerte... Cárlos mio,
yo te juro que padezco
en recordarte las pruebas
de mi amor... pero á lo menos
¿reconoces esta herida?
Se descubre el pecho.
Bar. ¡Ay, hermano! ese sangriento
Le abraza.
golpe libertó mi vida,
¡pero qué don tan funesto
hiciste en ella á tu amigo!
May. Habla, por Dios.
Bar. No hay consuelo
para mí.
May. Lloremos juntos.
Bar. Ve ahí lo que yo no quiero:
ya no hay mas llanto en mis ojos.
May. Pero depon tus secretos
en mi corazon, y el tuyo
descansará.
Bar. No hay remedio:
este mio es un sepulcro
cerrado; ¿por qué de nuevo
abrirle á la luz?
May. Acaso
para cobrar tu primero
ser, tu dignidad antigua,
que has perdido. Me avergüenzo
de ti, ¿un hombre tan prudente
dejarse hollar indiscreto
por la suerte? Tú no eres
mi buen Menó, compañero,
maestro y amigo mio:
la nobleza de tu recto
corazon debió elevarte
sobre tu destino adverso
y la injusticia del hombre.
Bar. Escucha. Que desde luego
Despues de un corto silencio.
piense de mí lo que quiera
ese mundo que aborrezco;
pero es fuerza que al dejar
la sombra de tu primero
amigo, sepas la causa
que aniquiló sus afectos
mas plácidos para siempre.
Hernano! desde el momento
en que dejamos las tropas
de Francia, huyó sin remedio
la ventura de tu amigo.
El deseo lisonjero
de ser útil á mi patria
me fijó en ella. Defectos
de legislacion, y abusos
del poder dieron al zelo
de mi pluma un largo espacio;
y solo adquirí por premio
la certidumbre terrible
de que pueden ser los buenos
aborrecidos sin causa.
Herido en lo mas interno
de mi corazon, callé...
¡Tardío conocimiento!
ah! los hombres no perdonan
nunca al virtuoso necio,
que ha querido ser mas sabio
que los otros: y en efecto,

tal fue mi suerte. Yo triste,
viví solitario y lejos
de la multitud. Mi patria,
esperando que en su seno
gozara yo de mis bienes
me dió el no pedido empleo
de teniente coronel,
que admití, sin el anhelo
de ser mas. Mi coronel
murió, y en mi regimiento
habia tres oficiales
de mi grado y de mas precio
por sus méritos que yo.
Juzga tú cuan satisfecho
me quedaria, si hubiera
recaido en uno de ellos
la eleccion; pero la Dama
de un Ministro sin talento
y con amor, dió aquel grado
á un mozo vano y soberbio
que seis meses hace habia
hecho el primer juramento
en las banderas; y airado
pedí mi retiro. En esto
corrieron por la ciudad
mil sátiras y libelos
sobre su eleccion injusta,
que me imputaron. Yo, lejos
de humillarme á desmentirlos,
sufrí sin pavor los hierros
de una prision; pero apenas
me vi libre, dejé un pueblo
fatal á los virtuosos.
Confiado yo en mi recto
corazon y en mi tardía
prudencia, desprecié el riesgo,
de vivir entre los hombres,
y vine á Cássel. Risueño
todo, todo venturoso
me parecia en mi nuevo
domicilio: mi fortuna
y carácter me adquirieron
varios amigos... ¡Amigos!
En fin, á muy poco tiempo
hallé una esposa inocente,
jóven, bella, y el modelo
de la virtud y las gracias.
¡Cuanto la quiso mi tierno
corazon! ¡y cuán felice
viví con ella en el seno
de mi plácida familia,
y con el nombre halagüeño
de padre! Sí, amigo mio,
ve aqui los solos momentos
en que conocí la dicha...
Ay, *mísero!* Cómo? ¡aun vierte
Limpiando los ojos.
lágrimas! ya no esperaba
derramarlas. Acabemos.
Uno á quien llamaba amigo,
y á quien juzgaba sincéro
y justo, robó mi casa.
Yo devoré el sentimiento
de mi pérdida, y tranquilo
conocí, que satisfecho
el corazon, no codicia
esos goces pasageros
del lujo: en fin desterré
de mi familia el exceso
inútil; y limitando
mi sociedad á un estrecho
círculo, conservé en ella
un jóven, cuyo modesto
lenguage, cuya conducta
justificaban mi aprecio,
á quien prodigué mi hacienda,
para quien obtuve empleos
y cargos... y este sedujo
á mi muger en secreto,
y huyó con ella. Ya sabes
mi desgracia. ¿Basta esto
para motivar mi odio?
odio universal y eterno,
¿ó llamarás ilusion
mi afrenta y mi vituperio?
Ay! el alma de Menó
pudo soportar el peso
de los hierros, la injusticia
y la muerte; mas los hierros,
la injusticia y aun la muerte,
¿qué pueden ser en cotejo
del agravio de una esposa,
el dulce y único objeto
de mi amor, y por quien solo
me fue grato el universo?
May. No era digna de ti, Cárlos,
y llorar sin mas consuelo
por una muger infiel
es delirio. *Bar.* No me ofenda
de que llames como quieras
las afecciones que pruebo;
pero el corazon no cede
á la fria razon... Cielos!
yo la amo aun.

May. Dónde está?
Bar. Ni lo sé, amigo, ni quiero
saberlo. *May.* Pero y tus hijos?
Bar. En una aldea no lejos
de mi soledad se crian,
humildes á los preceptos
de una muger buena y necia.
May. ¡Siempre Misantropo! Pero
¿por qué no viven contigo,
como el único remedio
de hacer menos dolorosa
tu existencia?
Bar. No, su aspecto,
copia de una ingrata madre,
me ofreceria el recuerdo
de mi fugitiva dicha:
y en fin, amigo, no puedo
sufrir en derredor mio
ni los niños, ni los viejos,
ni los hombres; y si el uso
no me hubiera casi hecho
indispensable un criado,
no sufriria el que tengo,
aunque sé que entre los malos
quizá no es el mas perverso.
May. Ya veo, que á la amargura
de tu dolor los consuelos
ordinarios serán vanos;
pero la amistad al menos
te será grata. Ven, Cárlos,
donde te aguarda el afecto
de mi familia.
Bar. Quién? yo?
¿yo frecuentar el comercio
del hombre? Horst, ya lo dije.
May. Es verdad; pero yo creo
que, á no ser un insensible,
no puedes hacer desprecio
de unas almas que agradecen.
Bar. Hermano mio, no niego
que dices bien; ¡pero si
supieras cuanto padezco
en ver á un hombre! no, amigo,
déjame con el silencio
de mi soledad.
May. Siquiera
una sola vez te ruego.
Bar. No, no.
Sin aspereza.
May. Cárlos, no rehuses
esta gracia á tu sincéro,
á tu buen amigo.
Bar. Escucha.
Despues de reflexionar.
Tú lo suplicas, y quiero
complacerte. Pero en fin,
que sea como un encuentro
casual, un solo instante.
Condúcelos aqui, y luego
que lleguen al pabellon,
ven por mí, que yo te espero,
y tú me presentarás.
May. Bien, y yo me lisonjeo
que nos harás compañía
en el castillo algun tiempo.
Bar. No lo esperes, y te exijo
la palabra, el juramento
de que no pondreis estorbo
á la fuga qoe proyecto
mañana. *May.* ¡Qué obstinacion!
Bar. Dame tu palabra, ó vuelvo
á retractar la que di.
May. Bien, Cárlos; pero...
Bar. Te advierto,
que digas á tu familia,
que mis adornos son estos
que ves. *Señalando el vestido.*
May. No importa: mi hermano
ama solo en ti lo recto
de tu corazon. Ven, Cárlos,
abracémonos de nuevo,
y admite las expresiones
de la amistad. Ah! no creo,
que este abrazo afectuoso
Le abraza.
haya de ser el postrero. *Vase.*
Bar. Frantz. *Sale Frantz.* Señor.
Bar. Mañana mismo
partimos. *Frantz.* Bien.
Bar. Pero pienso,
que léjos de aqui.
Frantz. Yo, vamos.
Bar. Quizá para pueblos
de la otra parte del mar.
Frantz. Adonde Vmd. quiera.
Bar. Isleños
pacíficos y felices
del mar del Sur, ay! yo vuelo
á morir entre vosotros.
Los piratas europeos
dicen que robais. ¿Que importa
que me despojeis del resto
de una propiedad inutil?
El tesoro de mas precio,

el reposo de mi vida
me lo han robado en el seno
de mi patria. Viva yo
muerto para el hombre, muerto
para el universo, ingrato
orígen de mi tormento.
¿Oiste, Frantz? á la aurora
mañana sin falta...

Frantz. Entiendo.
Saca el sobre de una carta.

Bar. Pero... Frantz, primero importa
que vayas sin perder tiempo,
á casa de la persona
que dice aqui. Yo te quiero
autorizar con mi letra
para que antes del sol puesto
te vuelvas con mis dos hijos.

Frantz. Vmd. hijos! *Bar.* Sí.

Frantz. Qué genio!
válgame Dios! y ha tres años
que sirvo á Vmd. sin saberlo.
¿Luego Vmd. ha sido esposo?

Bar. Frantz, no me atormentes necio
con preguntas.

Frantz. Pues me iré. *Vase.*

Bar. Aguárdame en mi aposento.
Sí, yo quiero acostumbrarme
á estrecharlos en mi seno.
Estos pobres inocentes
no deben quedar expuestos
á una educacion viciosa.
Oh, nunca sea! primero,
ignorados cual su padre,
corran por el campo abierto
con el arco y con la flecha,
como las auras ligeros,
y el arte de manejarlos
sea todo su talento.
Pero alguien se acerca. Vamos
á escribir primero, y luego
á cumplir con la amistad
por última vez.

Vase, y salen la Condesa, el Conde, Eulalia y el Mayor.

Cond. Reniego
de tanto andar. Vaya, vaya,
que las Señoras me han puesto
en egercicio; y fortuna
de que soy el compañero
de la bella y elocuente
Miler. Y bien, ¿con que habemos
reducido al Misantropo
á venir aqui? Por cierto,
raro hombre! pero nunca
hará menor en mi aprecio
su virtud la extravagancia.

May. Voy por él; pero te ruego
no exasperes su carácter
con instancias: por lo menos
la franqueza logrará
que desarrugue su ceño. *Vase.*

Cond. Bien, haré lo que tú quieres.
Vamos, muger, ve aqui el tiempo
de hacer uso de tus gracias:
tú ya estás en el empeño
de curar este salvage
melancólico extrangero,
y ello es fuerza.

Cond. ¿Quién pudiera
conquistar á nuestro sexo
un hombre, que ha resistido
á los ojos halagüeños
de nuestra Miler?

Eul. Señora,
aun cuando no fuera incierto
ese poder en mis ojos,
mis ojos nunca le vieron.

Cond. Qué rareza! pero él llega
con mi hermano. Yo celebro
ver al hombre generoso...

Eul. Ay! *Bar.* Dios mio!

Cárlos hace al llegar una cortesía á las damas, Eulalia le mira, dice Ay! *y cae desmayada en los brazos de la Condesa: Menó la reconoce, y al decir* Dios mio! *tapándose el rostro con las manos, huye despavorido hácia su habitacion. En tanto el Mayor admirado y triste de lo que acaba de pasar, permanece en silencio hasta que el Conde, y su muger han conducido al pabellon á Eulalia.*

Conde. Santo cielo!
qué es esto? querida Miler!

Condesa. No vuelve: y el extrangero
se ausentó; pero acudamos
á Miler.

Conde. Vamos á dentro
del pabellon, que está cerca,
á desahogarla el pecho.
La conducen entre los dos.

May. ¡Esperanza lisonjera,
vana imágen de mis sueños

deliciosos! yo tendia
mis brazos en pos del viento,
que disipó mis placeres
como la niebla. El secreto
se descubrió: yo adoraba
á la muger de mi tierno
amigo... Y bien, ¿qué seria
imposible á mi deseo
la reunion de dos almas
dignas del amor eterno
que se juraron? ¿Acaso
un delito pasagero
(mas debilidad que culpa)
habrá por siempre deshecho
el lazo que les unia?
Ah! no, yo me lisonjeo
de hacer feliz nuevamente
á mi Cárlos; y si puedo
conseguir esta ventura,
no diré que yo la pierdo.

Sale del pabellon el Conde.

Conde. A Dios, Mayor.
May. Y la Miler?
Conde. Miler al instante ha vuelto
de su accidente, y ya queda
mas tranquila y escribiendo:
pero quizá mi presencia
la importuna, y yo no quiero
comprimir su corazon.
Sin embargo, Mayor pienso
que tú y mi muger sabeis
mucho mas en el suceso
actual, que yo.
May. No envidies
en este caso, te ruego,
esa triste preferencia.
Conde. No, hermano, no; yo respeto
la causa de su afliccion,
y sin saber mas te dejo.
Haz siempre por detener
al virtuoso extrangero
á quien amo, y á quien Miler,
sino me engaño, hará menos
insocial y Misantropo.
En el castillo te espero.
A Dios. *Vase por la derecha.*

Salen Eulalia y la Condesa.

May. A Dios.
Condesa. Y mi esposo?
May. En este propio momento
se aleja de aqui. Señora, *A Eulal.*
no perdamos sin provecho
estos preciosos instantes:
procuremos buscar medios
en tan repentino acaso
de que Vmd. vuelva de nuevo
con el mejor de los hombres.
Eul. Pues cómo?... qué!... caballero...
May. Menó, Señora, es mi amigo
desde la niñez; los riesgos
de la guerra confirmaron
nuestro cariño primero.
Pero hace ya siete años
que lejos de él, y mas lejos
de saber de su destino,
gemia en el desconsuelo
de mi corazon. En fin,
le hallé, Señora, y su pecho
derramó su acerba pena
en el mio.
Eul. Oh Dios! yo pruebo
cuanto abate al criminal
la presencia de los buenos.
Ah! Señora, ¿dónde, dónde
me ocultaré?

Esconde la cara entre las manos de la Condesa.

May. Si un eterno
dolor; si una larga serie
de lágrimas y tormentos,
si la virtud afligida
no nos dan algun derecho
al amor y á la clemencia
de los hombres y del cielo,
quién nos le dará? Muger
desafortunada, el sueño
de tu honor fue de un instante,
y la culpa de un momento
borró el llanto de tres años.
Sí, Señora, yo penetro
el alma de mi buen Cárlos;
él quedará satisfecho:
y yo corro á interceder
por Vmd. con todo el fuego
de la amistad que me anima.
Venturoso yo! si puedo
perpetuar la memoria
de una accion de cuyo efecto
dependerá para siempre
mi placer y mi consuelo.

Hace que se va.

Eul. No, señor Mayor, yo adoro
su honor, y el injusto pueblo

no perdonarla nunca
su debilidad: al menos
no le añadamos dolor
á dolor... Ah! viva lejos
de mí felice, y no pruebe
por mas tiempo el vituperio
de llamarme esposa.

May. ¿Y que
Vmd. desprecia mi zelo?

Eul. No, Señor; mas oiga V. S.
lo que suplicarle quiero.
Muchas veces, que oprimido
mi corazon con el peso
de un delito imperdonable
juzgaba que los consuelos
huyeron de mí por siempre;
quizá pensé, que si el cielo
por última vez cumplia
los votos de mi deseo,
dejandome ver mi esposo
para confesar mi yerro
á sus plantas generosas,
seria menos intenso
mi dolor. Y por lo mismo
haced que atienda mis ruegos:
que me conceda el llorar
por unos cortos momentos
ante sus ojos, si acaso
puede sufrir el aspecto
de una muger criminal.
Pero no juzgue que anhelo
su perdon, ni que yo quiera
restablecer mi concepto
á expensas del honor suyo.
Ay! solo verle deseo,
y preguntar por mis hijos.

May. Si no perdió sus derechos
en el corazon de Carlos
la humanidad, yo prometo
que lo hará. Dejad ahora,
porque no tenga un pretexto
de rehusar mi visita,
estos contornos. Yo vuelo
en favor de Vmd., Eulalia,
á las plantas de mi tierno amigo.

Conde. Ay, hermano! nunca
te quise como te quiero.

La Condesa le alarga la mano con la expresion de la amistad Eulalia echa una mirada al Mayor, que explica su reconocimiento; despues se arroja sobre la mano de la Condesa, que la coge en sus brazos, y se entra con ella por el bastidor anterior al pabellon.

May. No hay en la tierra dos almas
semejantes: su primero
lazo no debe romperse,
y Cárlos puede sin riesgo
perdonarla... ¡perdonarla!
¿y cómo eludir los zelos
del pundonor, que no siempre
es una quimera? Pero
una joven inexperta
la víctima de un perverso
que la arrastró á los delitos,
y cuyo arrepentimiento
ha sido tan dilatado,
tan doloroso y severo...
Ah! que el mundo no recibe
justificacion del bueno
que fue débil un instante.
¿Pero Cárlos no huye lejos
de su injusto juez? ¿no piensa
sepultarse en el secreto
de la obscuridad? ¿no ama
su corazon al objeto
de su llanto? Si, pues ella
le servirá de universo.

Sale Frantz con los niños Eugenio y Amalia.

Eug. Yo me canso.

Amal. Yo tambien.

Eug. Y diga Vmd., ¿llegarémos
pronto? *Frantz.* Sí, pronto.

May. Detente:
dime, ¿qué niños son estos?

Frantz. Los de mi Señor.

Amal. ¿Es este
Papá? *May.* No desperdiciemos
la ocasion. Amigo, escucha:
yo sé que amas á tu dueño,
y me debes ayudar.

Frantz. En qué?

May. No ha muchos momentos
que halló á su muger.

Frantz. De veras?
¡ay, Señor, cuanto me alegro!

May. Ya conocias á Miler?

Frantz. Y es ella?

May. Sí, pero creo,
que huye de ella tu Señor,
y ve aqui lo que debemos evitar.

Frantz. No hay duda, ¿y cómo?
May. Sus hijos pueden hacerlo:
llévalos al pabellon,
que dentro de poco tiempo
sabrás mas. *Frantz.* Pero...
May. No quieras
inutilizar mi zelo
con tu detencion.
Los conduce al pabellon.
Muy bien.
Mas él llega. Sí: yo espero
que la inocente sonrisa
de sus hijos pequeñuelos
penetre su corazon,
si resiste al lisonjero
mirar de su bella madre.
Sale el Baron.
Y bien, Cárlos, ya te veo
menos infelice.
Bar. Cómo? *May.* Hallándola.
Bar. ¡Cuanto es necio
el que quiere consolarme,
demostrándome á lo lejos
el tesoro que perdí!
May. No es necedad, si de nuevo
puedes volver á gozarle.
Bar. Te entiendo, Mayor, á efecto
de conseguir mi perdon
te envia; pero te advierto,
que es en vano.
May. Que tu esposa
me envia, no te lo niego;
mas no para reuniros.
Ella te ama, su consuelo,
su ventura la aborrece
sin ti. Pero yo te ruego
que aprendas á conocerla,
y creas que adora menos
á Cárlos, que á su opinion.
Bar. Pues á qué vienes?
May. Primero
en mi nombre como amigo,
como hermano y compañero
de armas, á suplicarte
que le perdones un yerro
involuntario: no, nunca,
nunca (yo lo juro al cielo),
verás su igual. *Bar.* Es verdad.
May. No me niegues, que tu pecho
la tiene amor.
Bar. Ay, amigo!
Le coge la mano.
May. Pues bien, el remordimiento
Con calor.
ha expiado ya su culpa.
Sí, Cárlos, vuelve de nuevo
á ser feliz. *Bar.* Ser feliz!
ser yo feliz! ¿como puede
ser feliz, si ya los hombres
han roto el lazo, que un tiempo
fue mi placer, y le han roto
para siempre? ah! yo no debo
violar la ley que me imponen
las opiniones de un pueblo.
May. ¿Y qué te importan los hombres?
quien ha sabido en el tiempo
de tres años de amargura
no codiciar el comercio
de un mono que despreciaba,
podrá concluir el resto
de su vida en compañía
de su amiga. *Bar.* No hay remedio.
¿Con que todos se conjuran
con mi corazon, á efecto
de trastornar mi razon!
di, ¡qué quieres de mí! *May.* Quiero
que la veas: ¿negarias
á tu esposa este consuelo?
Bar. Venga, pues; pero no juzgue
envilecerme: la veo
para no verla jamas.
May. Espérame aqui un momento. *Vase.*
Bar. Y bien, Cárlos, ya se acerca
el instante postrimero
de tu dicha. La verás,
sí, tú verás al objeto
de tu amor, verás la madre
de tus hijos: ah! ¿y no vuele
á estrechar mi corazon
con su enamorado pecho?...
Abrazarla yo! ¿no es ella
la que derramó tormentos
en la copa de mis dias?
¿no es ella por quien padezco,
y por quien maldigo al hombre?
Pobre Cárlos! no hay remedio,
tu suerte está decretada.
Sin embargo no pretendo
tratarla con crueldad:
ella verá, que respeto
su llanto, que la perdono,
y en fin que la compadezco.
¿Pero quien... ¡ay, que es Eulalia!
Pundonor, orgullo, zelos,

ve aquí la muger que me hizo
infeliz sin merecerlo.
Salen Eulalia, la Condesa, y el Mayor, y Eulalia toda trémula confundida dice á la Condesa.
Eul. Ah, generosa muger!
dejadme: si tuve esfuerzo
para la culpa, tampoco
me le ha de negar el cielo
para explicar mi dolor.
La Condesa y el Mayor entran en el pabellon.
Ay, con cuanto rubor llegó! Señor.
Se acerca á Cárlos, que sin volver la cara, aguarda conmovido que ella empiece á hablar.
Bar. ¿Qué quieres, Eulalia?
Con dulzura, pero sin volver la cabeza.
Eul. No, no por Dios! huye lejos
de mi oido la dulzura
que me despedaza el pecho,
hombre piadoso; resuenen
solo en él los duros ecos
de la indignacion.
Bar. Y bien? *Con severidad.*
Eul. Ah! si el hombre á quien ofendí
se dignase darme quejas,
cuanto aliviaria el peso
de mi corazon! *Bar.* Yo quejas!
mis muertos ojos, el negro
velo que los cubre, el llanto
que derramaron un tiempo
se podrán quejar por mí;
pero no yo. *Eul.* Ese silencio
generoso me aniquila,
multiplica los tormentos
de mi penar. ¡Oh, Dios mio,
á quien agravié! *Bar.* Al primero,
y al mejor de tus amigos.
Pero ya ves que debemos
separarnos para siempre.
Eul. Ah, Señor! sí ya lo veo:
tampoco imploro mi gracia,
ni vengo con el intento
de conseguir el perdon,
el perdon que no merezco.
Solo pido, que algun dia
no maldigais al objeto
de vuestro primer amor.
Bar. No, Eulalia, no; yo no puedo
maldecir á quien me hizo
venturoso en mas serenos
dias. No, jamas, jamas,
triste muger. *Eul.* Conociendo
la iniquidad de mi ofensa,
para que volvais de nuevo
á ser mas feliz esposo,
ve aquí, Señor, os entrego
Le presenta un papel.
este papel de divorcio,
en el cual, Señor, confieso
mi delito.
Ba. Oh, nunca sea! *Lo toma y lo rompe.*
Tú sola tuviste imperio
en mi corazon, Eulalia,
y tu imperio será eterno.
Mi honor sacro é inflexible
me prohibe aun el deseo
de unirme á ti; pero nunca
tendrá lugar en tu lecho
nueva esposa.
Eul. Solo pido
Despues de algun silencio.
al despedirme... *Bar.* Primero
escucha. Yo he conocido
cuanto es sensible tu pecho
al llanto del infortunio,
y será justo que al menos
satisfagas tu piedad,
y no vivas con el riesgo
de implorar la compasion
agena: toma este pliego,
Le ofrece uno que saca de su cartera.
que te asegura una renta
moderada. *Eul.* No le acepto.
El trabajo de mis manos
será todo mi consuelo,
y el pan que riegue mi llanto
me servirá de contento.
Bar. Tómale, Eulalia. *Eul.* Señor,
bien lo sé que yo merezco
mas humillacion, mas pena;
pero no añadais, os ruego,
á mi rubor esta afrenta.
Bar. Cruel hombre, hombre perverso,
¡ah, qué muger me has robado!
En fin, Eulalia, respeto
tu virtud. Pero si acaso *Con amor.*
probases en algun tiempo
la indigencia, te suplico
que recurras al momento
á mí.
Eul. Bien está.

Bar. Con todo,
Le da una cajita con joyas.
estas joyas que te ofrezco
tómalas pues que son tuyas.
Eul. No, Señor, estos objetos
me acuerdan aquellos dias
en que digna del afecto
de mi esposo y de mi padre,
bendecia el universo
mi ventura. Solo admito
Saca de ella un relox.
este relox, que mi Eugenio
llevaba, y al cual rodean
de mi Amalia los cabellos.
Ah! yo le conservaré,
yo le arrimaré á mi tierno
corazon arrepentido,
y le besaré muriendo.
Bar. Dios mio! no puedo mas.
A Dios, Eulalia...
Eul. Primero *Le detiene.*
tranquilizad á una madre.
Viven mis hijos? han muerto?
Bar. Viven. *Eul.* Hombre virtuoso,
no desatendais mi ruego:
permitid que yo los vea,
y los estreche á mi seno
por última vez... Dios mio!
¡Si supierais que tormento
me arrancaba las entrañas
mientras he vivido lejos
de mi Cárlos y mis hijos:
al ver á los pequeñuelos
inocentes de su edad
en sus pacíficos juegos!
Ah! permitidme, Señor,
que yo los vea, y me alejo
dellos, y de vos por siempre.
Bar. Eulalia, yo te prometo
que los verás esta noche:
los aguardo de un momento
á otro, apenas lleguan
mi criado irá con ellos:
tenlos contigo hasta el alba,
pero devuélvelos luego
á su desdichado padre.
Eul. En fin, ¿qué ya no debemos
vernos en la tierra? A Dios,
hombre generoso y bueno,
olvidad á una infelice,
que no querrá en ningun tiempo
olvidaros.
Repentinamente le coge la mano, se arrodilla y la besa.
Ah! dejadme,
Señor, que bese primero
esta mano que fue mia.
La Condesa tiene al niño en los brazos, el Mayor á la niña, y salen poco á poco del pabellon, de modo que no llegan á Cárlos y Eulalia hasta el último á Dios.
Bar. Eulalia, no, alza del suelo:
no te humilles, y recibe
por fin el á Dios postrero.
Eul. Para siempre!
Bar. Para siempre!
Eul. ¿Puedo llevar el consuelo,
de que no me aborreceis?
Bar. No, Eulalia,
no te aborrezco.
Eul. En fin, cuando mi dolor
haya expiado mis yerros,
la muerte nos unirá,
con el Dios del universo.
Bar. Ante sus ojos no reina
la preocupacion del necio,
y allí gozarémos juntos
la eternidad de los tiempos.
Sus manos se enlazan, y mirándose con mayor ternura, se dicen con voz trémula.
Los dos. A Dios.
Ellos se separan, pero al volver el rostro encuentra Eulalia á la Condesa cerca de ella que levanta al niño, y le pone á los ojos de la madre: Eulalia le toma en sus brazos y estrecha con su corazon. Lo mismo hacen á la otra parte el Baron y el Mayor.
Eul. Ay! *Bar.* Eulalia mia!
abraza á tu esposo... *Eul.* Oh cielo!
Los dos se arrojan en los brazos uno de otro; y al mismo tiempo los niños, que el Mayor y la Condesa tienen en sus brazos se abrazan al cuello de sus padres, y cae el telon.

VALENCIA: IMPRENTA DE ILDEFONSO MOMPIÉ. 1822.

LIBRARY

RARE BOOK
COLLECTION

THE UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T444
v.18
no.8